

La izquierda latinoamericana. Complejidad y Excentricidad

Martín Albornoz*

Hay algo ciertamente mutante en el conjunto. Una república socialista chilena en 1932 cuya duración no excede las dos semanas; una sublevación de oficiales del ejército brasileño de tintes antioligárquicos que deriva en los desplazamientos de una columna de complotados –conducida por un joven de 26 años recientemente ascendido a coronel– y recorre cerca de treinta mil kilómetros de toda topografía imaginable, y una ola de irritación proletaria que muerde los nervios de Buenos Aires hasta paralizarla por completo durante una semana son, sin lugar a dudas, desprendimientos de cualquier relato unificador de la memoria histórica. Ni hilo rojo, ni línea de fuga, simplemente discontinuidades. La variedad de geografías, de expectativas fallidas, de biografías políticas, de dramas nacionales, de voliciones plebeyas y obreras que se atraviesan en este dossier pueden transmitir la sensación de un extravío. Pero ¿por qué no concebir al modo de ciertos anarquistas una filosofía de la historia, digamos liberadora, que permita asociaciones insospechadas entre nombres, épocas y deseos? No son raros en los almanaques libertarios los saltos cronológicos que unen filialmente, a modo de ejemplo, la gesta de Espartaco con la lucha antiautoritaria dentro de la I Internacional de los Trabajadores, pasando por los anabaptistas de Thomas Münzer y las colectivizaciones obreras durante la revolución española. El mismo tipo de alternancia, aunque sin el mismo afán de unidad de sentido, es la que se desea exponer aquí.

Los cuatro textos que se presentan a continuación son muy diferentes entre sí, no solamente en lo que hace a los contenidos sino también a los registros mismos. El trabajo de Mario Toer, Pablo Martínez Sameck y Juan Antonio Diez, que oficia de algún modo de introducción al dossier, se propone –partiendo de una suerte de contrapunto crítico con el trabajo del historiador inglés Alan Angell– establecer los ejes y herramientas conceptuales que hagan posible trabajar una historia compleja de las izquierdas en América Latina en el período que va del período de entreguerras a la guerra fría.

Luis Cruz Salas reconstruye en perspectiva los días subsiguientes al cuatro de junio de 1932, cuando en Santiago de Chile un bizarro y heterogéneo grupo de civiles y militares sublevados –encabezado por el comodoro de aire Marmaduke Grove Vallejos, el periodista Carlos Dávila, el General Arturo Puga y el abogado socialista Eugenio Matte– derrocó al gobierno de Juan Esteban Montero proclamando la República Socialista Chilena. Por su parte Hugo Sacchi estudia la importancia, para la izquierda brasileña, del surgimiento del *tenentismo* en el contexto de la crisis del estado oligárquico en la década del '20, a la vez que centra su atención en Luis Carlos Prestes, militar rebelde que tuvo a su mando la columna que llevaba su nombre y que fue figura destacada de las derivas del Partido Comunista de Brasil en los treinta. Ambos textos destacan un hecho que en Argentina tendrá solo nimias expresiones a lo largo de su historia: el de la oficialidad revolucionaria. Dicha oficialidad propondrá, de manera siempre tensionada y no necesariamente masiva, formas de ingreso del ejército profesional a la política que no necesariamente se manifiestan políticamente en expresiones de derecha.

La huelga general, Buenos Aires, Enero de 1919 de Katherine Dreier, texto inédito en castellano y traducido para este dossier, es un testimonio desconocido de la Semana Trágica. Dreier, una sufragista millonaria norteamericana, llegó a nuestro país en otoño de 1918 para realizar un estudio sobre las condiciones de vida de la clase obrera en general y de las mujeres en particular. Las impresiones y hechos de ese viaje quedaron registrados en su libro de memorias *Cinco meses en la Argentina* del cual *La huelga...* es un capítulo. La imagen de la Semana Trágica que nos

* Alumno de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

devuelve su lectura, puede asemejarse a la emergencia de reservas sociales subterráneas, generadas por el propio sistema, que aguardan y aprovechan cualquier ínfima fractura en la superficie para estallar en lo real. La huelga en los Talleres Metalúrgicos Vasena llevaba más de un mes sin conseguir alterar la cotidianeidad, hasta que el día 7 de enero un intento por parte de los obreros y sus familias de impedir el acceso a la fábrica de rompohuelgas terminó con una refriega con la policía que causó, al menos, cuatro huelguistas muertos y una treintena de heridos. La huelga había comenzado por mejoras salariales y una jornada laboral de ocho horas. Como suena. El nueve de enero se declara una huelga general y son velados los muertos en la Sociedad de Resistencia Metalúrgica y en locales del partido socialista. Ese mismo día, cuando la columna fúnebre se dirigía al cementerio –sitial privilegiado para reflexionar sobre el catastro simbólico de un país– es interceptada por las fuerzas represivas desencadenando una masacre. A partir de ese momento, en palabras de la propia Dreier, fue “como un rayo que cayera de los cielos” y durante los 7 días subsiguientes la huelga general inmovilizó a Buenos Aires.

No hay muchas fuentes que permitan, como la memoria de esos días de Dreier lo hace, elevarse hasta el acontecimiento mismo de la Semana Trágica y acceder a él en su devenir y en sus múltiples significaciones. En una metrópoli capitalista como lo es Buenos Aires cuyo sistema nervioso funciona a pulso de reloj, la generalización de una huelga, que se hace expresiva mediante la paralización de todas las actividades, no es un hecho que se pueda digerir sin una fuerte dosis de temor. Del 9 al 14 de enero ese temor se hará presente en toda la ciudad en forma de saqueos y violentos enfrentamientos entre manifestantes y policías, tanto como en la generalización del terror blanco que asumirá la forma, no sólo accidental, de un auténtico pogromo. Grupos de niños bien entroncados en torno a la naciente Liga Patriótica recorrerán los barrios obreros y judíos incendiando locales de la colectividad y sedes gremiales. Una mezcla de mito de la conspiración judía mundial, difundida con bastante antelación a la fecha por grupos católicos locales, y del terror irradiado por la revolución rusa se materializará de esta forma. La Liga, munida de un nacionalismo absolutamente liberal, se proponía defender a la patria y el orden de los elementos anárquicos ajenos a “nuestra nacionalidad”. Un testimonio notable, de carácter literario, de su accionar patriótico puede hallarse en el cuento de Arturo Cancela *Una semana de holgorio*. Su personaje, luego de divagar horas y horas por una ciudad muerta, cerca del Mercado del Abasto, se topa con unos miembros de La Liga en plena acción. Los mismo son descriptos, ellos y sus actos, de la siguiente manera: *Pequeños grupos de jóvenes con brazales bicolores, armados de palos y carabinas, detienen a todos los individuos que llevan barba y les obligan a levantar las manos en alto. Mientras los que usan palos les apuntan con éstos a boca de jarro, los de las carabinas les pinchan con ellas el vientre, y otros, desarmados, se cuelgan de las barbas del sujeto. Según me informan en un corro, este original procedimiento tiende a estimular entre los barbudos el amor a la Nación Argentina*. Esa excrecencia de lo que Rafael Barrett llamo diez años antes, en 1909, “el terror Argentino”, y que la historia nacional elevó al rango de invariante, se llamó Liga Patriótica Argentina, y existe aún hoy, al menos en la guía de teléfonos.

Lo que el verano porteño de 1919, de la mano del texto de Dreier, dejó no solamente es importante en la medida en que refleja el estado de ánimo de la clase obrera –para la cual, dicho sea de paso todas las semanas redundan en su tragicidad– en una coyuntura particular, sino porque en ese verano también se ponen en funcionamiento toda una serie de experiencias, prácticas y referencias que se habían forjado en las anteriores dos décadas, dentro de las cuales el anarquismo –esa mácula pertinaz en el optimismo agroexportador de las tres primeras décadas el siglo XX– ocupa un lugar central. Tampoco es importante únicamente por mostrar las oscilaciones en lo que a política laboral del gobierno de Yrigoyen se refiere. Sería imposible, para una comprensión más acabada, soslayar lo que denota del universo simbólico y práctico de sus clases dominantes en los momentos en los que su poder puede verse amenazado por peligros reales o aparentes.

Quizás habría que pensar la historia de las izquierdas en América Latina trascendiendo los límites de la transmisión inmediata, o al menos no a través de sus más evidentes recorridos. Desplazando la mirada acerca del pasado de los dispositivos historiográficos y culturales que

sitúan, por cercanas, las referencias emancipatorias en el mar de siglas de los sesentas y setentas, e independientemente de las virtudes o problemas que pueda tener la tentativa, la intención es ver los acontecimientos que aquí se presentan no como orígenes mejores de un hipotético presente que sería el “nuestro”, sino atravesarlos como potencias vivas. Los hechos que se pretenden recuperar no son demasiado conocidos y que merecen ser curados no solamente del olvido –ese enemigo amigo– sino también del estigma de la excentricidad.